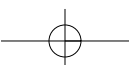
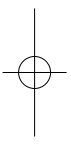
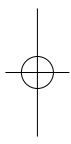


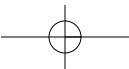
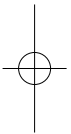
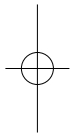
## La leyenda del Nomeolvides

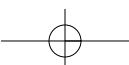
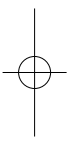
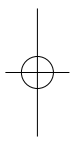
Según cuenta una leyenda austríaca, un hombre y su prometida estaban paseando cogidos de la mano por la orilla del río Danubio la noche antes de su boda cuando la joven miró al agua y vio una preciosa flor azul arrastrada por la corriente. Tan triste se puso porque se perdiera una flor tan hermosa que su amado, heroicamente, saltó al río para cogerla. Sin embargo, la corriente era fuerte y embravecida y, mientras el hombre era arrastrado hacia su muerte, arrojó la flor a la orilla y gritó: «No me olvides, pues yo te amaré siempre».





# PRIMERA PARTE





## Prólogo

### *Inglaterra* *Otoño de 1984*

El cielo casi estaba demasiado encantador para un día como aquél. Un cielo de octubre que bendecía la campiña que tenía debajo con un deslumbrante resplandor dorado, como si el mismísimo Dios hubiera prendido fuego a los árboles otoñales y a los campos pulcramente arados para señalar aquel gran día de tránsito. Unas descaradas pinceladas de color rosa flamenco y rojo sangre acuchillaban el celaje en un intento de hacer que resultara lo más impresionante posible mientras el sol poniente descendía lentamente como si fuera lava, mezclándose con las brumas vespertinas del horizonte. La naturaleza se mostraba triunfante, pero la humilde alma de Cecil Forrester parecía no merecerlo en absoluto.

De las hijas de Cecil Forrester, Grace fue la única que no lloró en su funeral.

Alicia sí que lloró, y lo hizo con el mismo dramatismo que caracterizaba cualquier otro aspecto de su vida, como si estuviera permanentemente sobre un escenario, su hermoso rostro siempre en primer plano. Derramó unas lágrimas brillantes y suspiró con interminables sollozos que hacían que sus manos enfundadas en unos guantes negros temblaran

cuando se secaba las mejillas con un pañuelo bordado. Ponía mucho empeño en no dejar que sus muestras de dolor contrajeran sus rasgos y expresaba sus emociones mediante el temblor de sus labios y la suave inclinación de su cabeza, que estaba oculta de un modo tentador tras un delicado velo negro sujeto al ala de su sombrero. Leonora también lloró, sin hacer ruido. No por el padre que había perdido, sino por el padre que nunca había tenido. Para ella, el hombre que estaba en el ataúd bien podría haber sido un extraño, un tío lejano quizás, o un antiguo profesor del colegio. Él nunca le había permitido más intimidad. Miró a su hermana menor que observaba impasible cómo hacían descender el ataúd al pulcro agujero del suelo y se preguntó por qué no demostraba ninguna emoción cuando, de las tres, ella era la que más motivos tenía para lamentarse.

Las hermanas gemelas de Grace le llevaban más de diez años. A diferencia de sus hermanas, a las que a la tierna edad de diez años habían mandado a Inglaterra para que recibieran educación, Grace se había criado en Hurlingham, un barrio residencial inglés de Buenos Aires. Pero no era por la diferencia de edad que sus hermanas tenían la sensación de que apenas la conocían, ni eran los muchos años de separación lo que había levantado un muro infranqueable entre ellas, sino el hecho de que Grace era distinta. Igual de escurridiza que las hadas de los cuentos infantiles, Grace no era de este mundo. Alicia decía que su naturaleza etérea se debía al hecho de que su madre se había aferrado a ella y la había malcriado por haber sufrido tanto después de que a ellas dos las enviaran a Inglaterra, dejándola sola y a la deriva. Pero Leonora no estaba de acuerdo. Grace era así, nada más. Su madre había hecho bien en no separarse de ella. Grace se hubiera marchitado como una flor sil-

vestre de la pradera en las frías aulas inglesas donde ella había vertido lágrimas de añoranza en duras almohadas.

Mientras hacían descender el ataúd hacia el fondo de la tumba, Grace lo observaba casi sin emoción, lo que contrastaba con los exagerados sollozos y resuellos de su hermana, que había aumentado el volumen para lograr un efecto dramático. Parecía aún más tentador interpretar el papel en un atardecer tan espectacular como aquél, bajo un cielo tan magnífico. Grace no la juzgó. Sólo la observaba con serenidad, a sabiendas de que su padre no estaba en el ataúd tal y como creían todos los demás. Lo sabía porque había visto su espíritu dejar su cuerpo en el momento de su muerte. Él le había sonreído, como para decirle: «De modo que tenías razón desde el principio, Grace». Después, acompañado por su madre fallecida y por su tío favorito Errol, se había alejado flotando hacia la otra dimensión, dejando atrás nada más que un mustio despojo. Estaba cansada de decirles la verdad. Al fin y al cabo, ya la descubrirían al final, cuando les llegara el turno de marcharse. Desvió la mirada hacia su madre, que se hallaba de pie junto a ella y cuyo dulce rostro revelaba una mezcla de arrepentimiento y alivio, y enlazó los dedos con los suyos. Audrey apretó la mano de su hija con gratitud. Aunque Grace ya era una mujer joven, poseía una pureza e inocencia que la hacían parecer una niña. Para Audrey siempre lo sería.

Audrey estaba convencida de que Grace era especial. Desde el momento en que nació en el hospital de La Pequeña Compañía de María, en Buenos Aires, Audrey supo que era diferente de otros niños. Alicia vino al mundo con característica impaciencia y Leonora se plegó, sumisa, a ella, temblando al verse frente a tamaña incertidumbre. Pero Grace era distinta. Se había deslizado fuera del pequeño cuerpo de su madre

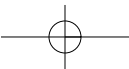
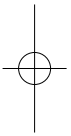
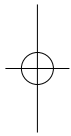
sin alboroto, como un ángel satisfecho, y la miró parpadeando al tiempo que una sabia sonrisa se dibujaba en sus rosados labios con una seguridad tal que pilló al médico desprevenido e hizo que se sonrojara antes de perder del todo el color y quedarse lívido de miedo. Pero Audrey no se sorprendió. Grace era celestial y Audrey la amaba con una intensidad que casi la ahogaba. Sostuvo al diminuto bebé contra su pecho y miró con adoración su rostro translúcido, el rostro de un ángel, sin duda.

Grace fue para Audrey una bendición que le había otorgado un dios compasivo. Su cabello era un desgreñado halo de indomables rizos rubios y sus ojos eran como un hondo río verde que contenía todos los misterios del mundo en sus profundidades. Encantaba a la gente y la asustaba al mismo tiempo porque parecía ver en su interior, como si conociera a las personas mejor de lo que se conocían ellas mismas. Pero a nadie asustaba tanto como a su propio padre, que hacía todo lo posible para evitar el contacto con esta criatura que le era tan ajena como si proviniera de otro universo. No poseía ninguna de sus cualidades ni rasgos físicos y era inmune a la fuerza de su voluntad y al poder de su temperamento. Ella se limitaba a sonreír divertida, como si comprendiera el carácter de su padre y las razones por las que constantemente luchaba contra su naturaleza. Nunca la había entendido, al menos no hasta el final. A pesar de todas sus diferencias él de pronto había sonreído de la misma manera en que sonreía ella, astutamente, casi con petulancia, y la abrazó con amor. Entonces murió, con una inusitada sonrisa en su rostro que nunca había mostrado en vida.

Audrey soltó la mano de su hija y avanzó un paso, manteniendo su cabeza plateada en alto con una dignidad que le



había servido de apoyo a lo largo de muchos años tumultuosos, y arrojó un único lirio blanco a la tumba. Susurró una apresurada plegaria y a continuación alzó la vista hacia el sol poniente que descendía por detrás de los árboles y proyectaba unas sombras negras y alargadas por el cementerio. Fue en ese momento cuando sus pensamientos torcieron su curso y regresaron nostálgicamente a una época en la que el amor había florecido con las jacarandas. Ahora que era vieja ya nunca podría volver a amar... no del modo en que había amado en su juventud. La edad la había privado de semejantes esperanzas ingenuas. Ante la oscura tumba de su marido, Audrey sucumbió por fin al poder de sus recuerdos y los vio alzarse en su mente como fantasmas. Se libraron de sus ataduras y de pronto ella volvía a ser una chica joven y sus sueños eran brillantes, nuevos y llenos de promesas.



## 1

*Colonia inglesa de Hurlingham*  
*Buenos Aires, 1946*

—¡Audrey, ven, corre! —exclamó Isla al tiempo que agarraba a su hermana de dieciséis años del brazo y tiraba de ella para que se levantara de la tumbona—. Tía Hilda y tía Edna están tomando el té con mamá. Por lo visto, han descubierto a Emma Townsend en brazos de un argentino. Tienes que venir a oírlo. ¡Es para morir de risa!

Audrey cerró la novela que estaba leyendo y siguió a su hermana por el césped hacia el edificio del club.

El sol de diciembre caía con ferocidad sobre aquel pequeño rincón de Inglaterra que se resistía con todas sus fuerzas a la integración con aquellas nacionalidades que habían llegado antes y que se fusionaron en una nación. Como una frágil balsa en el mar de España, los ingleses ondeaban la bandera y alardeaban de su prestigio con orgullo. No obstante, las embriagadoras fragancias de los eucaliptos y las gardenias bailaban un espontáneo tango con los aromas del té y las galletas, mientras que el murmullo de los sonidos de la lengua inglesa y el tenis se entremezclaban con los relinchos de los ponis argentinos y la cháchara de los gauchos que los cuidaban. Las dos culturas cabalgaban una al lado de la otra como dos caba-

llos, apenas conscientes de que en realidad estaban tirando del mismo carruaje.

Audrey e Isla habían crecido precisamente en aquel rincón británico de Argentina situado en un elegante barrio residencial a las afueras de la ciudad de Buenos Aires, cuya vida social giraba en torno al Club Hurlingham, donde en el comedor se servía rosbif, bistec y pastel de riñones bajo los austeros retratos del rey y la reina. La colonia era numerosa, influyente y la vida era tan buena como el críquet. Las mansiones se hallaban situadas tras altos setos de tejo y jardines al estilo de la campiña inglesa que se unían mediante caminos de tierra que conducían hacia el terreno llano de la pampa. Las hermanas participaban en gincanas, jugaban al tenis, también nadaban y hacían rabiarse a los avestruces vecinos arrojándoles pelotas de golf en el corral y observando asombradas cómo se las comían. Cabalgaban por la vasta pampa y perseguían liebres por entre la alta hierba. Luego, cuando el sol descendía y el canto de los grillos se superponía al relincho de los ponis para anunciar que el día llegaba a su fin, ellas hacían un picnic con su madre y sus primas a la sombra de los eucaliptos. Eran tiempos lánguidos, inocentes, que no se veían afectados por las presiones del mundo adulto. Dichas presiones esperaban a que alcanzaran la mayoría de edad, pero hasta entonces las intrigas y escándalos que circulaban por la comunidad en voz baja por encima de los bollos y los sándwiches de pepino suponían una gran fuente de diversión, sobre todo para Isla, que ansiaba ser lo bastante mayor para ser la causa de murmullos como aquellos.

Cuando Audrey e Isla entraron al club fueron conscientes enseguida de los rostros que se levantaban de las tazas de té y de las galletas para mirar a las dos hermanas que se abrían ca-

mino zigzagueando con gracia entre las mesas. Estaban acostumbradas a llamar la atención pero, mientras que Audrey bajaba la mirada tímidamente, Isla mantenía la cabeza alta y examinaba las mesas desde la hermosa inclinación de su imperiosa nariz. Su madre les decía que eso se debía a que su padre era un destacado industrial y un hombre muy importante, pero Isla sabía que tenía más que ver con sus cristalinos ojos verdes y con los densos tirabuzones de sus cabellos que les llegaban hasta la cintura y brillaban como el heno secado al sol.

Isla había nacido quince meses después que Audrey y era la más atractiva. Era obstinada y traviesa, y tenía la suerte de poseer una piel del color de la miel pálida y unos labios que se fruncían en una graciosa mueca, con la que siempre lograba embelesar a la gente aun cuando ella hubiera hecho poco por merecer su afecto. Era más pequeña que su hermana pero parecía más alta debido a los jubilosos brinco que daba al andar y a la enorme sobredosis de confianza que le permitía caminar con la espalda recta y los hombros hacia atrás. Le encantaba llamar la atención y había adoptado un modo de mover las manos con fluidez mientras hablaba, como los latinos, cosa que siempre conseguía atraer las miradas y la admiración de la gente. Audrey poseía una belleza más clásica. Tenía un rostro largo y delicado, una tez pálida del color del alabastro que se ruborizaba con facilidad y unos ojos que revelaban una nostalgia inspirada por las novelas románticas que leía y la música que escuchaba. Era una muchacha soñadora que se contentaba con pasarse horas sentada en las tumbonas del club imaginando el mundo más allá de la isla a la que pertenecía, donde los hombres eran apasionados y desenfrenados y donde bailaban con sus amadas bajo las estrellas en medio del denso

aroma del jazmín en las calles empedradas de Palermo. Ansiaba enamorarse, pero su madre le decía que era demasiado joven para perder el tiempo pensando en romances.

—Tendrás mucho tiempo para el amor, querida, cuando seas mayor de edad. —Luego se reía de los ensueños de su hija—. Lees demasiadas novelas, la vida real no se parece en nada a la literatura.

Pero Audrey sabía, de forma instintiva, que su madre se equivocaba. Ella conocía el amor como si ya lo hubiera vivido en otra vida y su espíritu lo anhelaba con una dolorosa nostalgia.

—¡Ah, mis preciosas sobrinas! —exclamó tía Edna cuando vio acercarse a las dos chicas. Entonces se inclinó hacia su hermana y le dijo—: Rose, cada día están más hermosas, no pasará mucho tiempo antes de que los chicos empiecen a cortejarlas. Pero cuidado con Isla, tiene un brillo pícaro en los ojos.

La tía Edna era viuda y no tenía hijos pero, con típico esotocismo británico, lograba ahogar las tragedias de su vida con un saludable sentido del humor y satisfacer su acuciante instinto maternal abrazando a sus sobrinos y sobrinas como si fueran suyos. La tía Hilda se puso tensa y observó a Audrey y a Isla con resentimiento, pues sus cuatro hijas eran delgadas y poco agraciadas, de piel cetrina y carácter insulso. Lamentaba no haber tenido cuatro hijos en vez de a ellas, de ese modo las probabilidades de casarlos bien hubieran sido más favorables.

—Sentaos, chicas —continuó tía Edna al tiempo que daba unos golpecitos a la silla que tenía a su lado con una mano rolliza cargada de joyas—. Estábamos diciendo...

—*Pas devant les enfants* —interpuso Rose con cautela, y se sirvió otra taza de té.

—¡Oh, vamos, cuéntenoslo, mamá! —suplicó Isla, dirigiéndole una mueca a tía Edna que le devolvió un guiño. Si no se lo contaba ahora ya lo haría más tarde.

—No hay nada malo en contar esta historia, Rose —le dijo a su hermana—. ¿No estás de acuerdo, Hilda, en que todo forma parte de su educación?

Hilda frunció sus labios secos y toqueteó la ristra de perlas que colgaba en torno a su escuálido cuello.

—Es mejor prevenir que curar —replicó ella con voz tensa, pues tía Hilda apenas abría la boca para hablar—. Yo no veo nada malo en ello, Rose.

—Está bien —cedió Rose al tiempo que se reclinaba en la silla con resignación—. Pero se lo cuentas tú, Edna, a mí me disgusta hablar de ello.

La mirada azul de la tía Edna se iluminó con un destello pícaro y encendió lentamente un cigarrillo. Sus dos sobrinas aguardaron con impaciencia mientras inhalaba profundamente para dar un efecto más dramático.

—Una historia trágica aunque totalmente romántica, queridas mías —empezó diciendo, exhalando el humo como un dragón amistoso—. Todo el tiempo que la pobre Emma Townsend lleva prometida con Thomas Letton ha estado locamente enamorada de un chico argentino.

—Lo peor de todo es que este chico ni siquiera es de una buena familia argentina —interrumpió tía Hilda, arqueando las cejas para dar énfasis a su desaprobación—. Es hijo de un panadero o algo así.

Hurgó con sus dedos esqueléticos en el paquete de cigarrillos de su hermana y se encendió uno con indignación.

—¡Pobres padres! —se lamentó Rose al tiempo que meneaba la cabeza—. ¡Deben de estar tan avergonzados!

—¿Dónde lo conoció? —preguntó Audrey, que enseguida se conmovió por la imposibilidad de la relación y estaba ansiosa por enterarse de más cosas.

—No se sabe. Ella no quiere decirlo —respondió tía Edna, emocionada por la naturaleza misteriosa de la historia—. Pero te aseguro que es del vecindario. ¿Cómo si no se hubiera topado con él? Debe de haber sido amor a primera vista. He sabido por una fuente muy fiable que se escabullía por la ventana de su habitación para encontrarse con él a medianoche. ¡Imagínate que indecencia! —Isla se removió emocionada en su asiento. Los ojos de tía Edna se agrandaron con el fervor de una rana que acaba de divisar una mosca—. ¡Citas a media noche! ¡De eso están llenas las novelas! —exclamó con emoción, recordando las citas secretas en la caseta de las que había disfrutado en su juventud.

—Cuéntanos cómo los descubrieron —rogó Isla, haciendo caso omiso de la suave mirada de desaprobación de su madre.

—Los vio la abuela de Emma, la vieja señora Fertherfield, que tiene problemas de insomnio y a menudo pasea por el jardín a altas horas de la noche. Vio a una joven pareja besándose bajo el sicomoro y supuso que era su nieta y su prometido, Thomas Letton. Puedes imaginar su horror cuando no reconoció al chico moreno que estrechaba entre sus brazos a Emma y que...

—Es suficiente, Edna —exigió de pronto Rose a la vez que colocaba la taza en el platillo con un fuerte tintineo.

—El querido Thomas Letton debe de estar deshecho —prosiguió tía Edna, apartándose del tema con tacto para complacer



a su hermana—. Ahora ya no hay ninguna posibilidad de que se case con ella.

—Por lo que he oído, la tonta afirma que está enamorada y les ha suplicado a sus pobres padres que le permitan casarse con el hijo del panadero —añadió tía Hilda con aspereza, apagando el cigarrillo.

—¡Valgame Dios! —exclamó tía Edna, que se abanicó el rostro redondo con la carta del menú, presa de la agitación pero a todas luces saboreando cada detalle del asunto.

—¡Qué cosas! —suspiró Rose en tono triste.

—¡Es maravilloso! —terció Isla con un grito ahogado de regocijo y revolviéndose en su asiento—. ¡Qué escándalo más delicioso! ¿Creéis que se fugarán?

—Por supuesto que no, querida —repuso Rose al tiempo que le daba unas palmaditas en la mano a su hija para calmarla. Isla siempre se sumía en un estado de gran excitación por las cosas más insignificantes—. No querrá avergonzar a su querida familia.

—¡Qué triste! —suspiró Audrey, sintiendo toda la fuerza del dolor de los amantes como si la estuviera viviendo en sus carnes—. ¡Qué desesperadamente triste que no puedan estar juntos! ¿Qué les sucederá ahora? —se volvió hacia su madre con un parpadeo de sus ojos grandes y soñadores.

—Imagino que ella recuperará la razón tarde o temprano y, si tiene suerte, el pobre Thomas Letton quizás acceda a casarse con ella a pesar de todo. La quiere mucho, lo sé.

—Sería un santo —comentó tía Hilda, descartando el comentario de la chica con un rápido movimiento del cuchillo mientras extendía la mermelada en su bollo.

—La verdad es que sí lo sería —coincidió tía Edna, que extendió el brazo por encima de la mesa para servirse un pe-

dazo de tarta de frutas Walkers—. Y ella sería muy afortunada. Hay una gran escasez de hombres debido a la guerra, lo cual dejará a un buen montón de mujeres sin marido. Ella debería tener el sentido común de aferrarse al suyo.

—¿Y el pobre chico del que está enamorada? —preguntó Audrey en voz queda.

—No debería haberse hecho ilusiones —replicó tía Hilda resueltamente—. Bueno, ¿sabáis que Moira Philips finalmente ha despedido a su chófer? Creo que hicieron bien teniendo en cuenta que había muchas posibilidades de que transmitiera sus conversaciones al gobierno —prosiguió entre dientes—. ¡Figuraos qué horror!

Audrey permaneció callada en su asiento en tanto que su madre y sus tías hablaban del chófer de la señora Philips. No conocía bien a Emma Townsend porque como mínimo le llevaba seis años, pero la había visto en el club. Una chica guapa de cabello castaño y con rasgos amables. Se preguntó qué estaría haciendo ahora mismo y cómo se sentiría. Se figuraba que estaría sufriendo terriblemente, como si todo su futuro fuera un agujero sombrío y sin amor. Miró a su hermana que ahora estaba jugando con su sándwich por puro aburrimiento; el asunto del chófer de la señora Philips era extremadamente aburrido comparado con la relación ilícita de Emma Townsend. Pero Audrey sabía que el interés que compartían por el escándalo difería en gran medida. Lo que fascinaba a Isla era el lío que había armado la chica. Los elementos románticos, o trágicos, de la historia no podrían haberle interesado menos. Ella se deleitaba en el hecho de que nadie podía hablar de otra cosa, de que todos conversaban con la misma voz baja que adoptaban cuando hablaban de la muerte y de que devoraban todos los detalles sórdidos con hambriento placer antes de

transmitírselos a sus amigos. Pero por encima de todo, el *glamour* de todo aquello la cautivaba. ¡Qué fácil era hacer temblar sus ordenadas vidas! En secreto, Isla deseaba ser ella y no Emma Townsend quien se regodeara en el centro de semejante torbellino. Al menos disfrutaría de la atención de todo el mundo.

Pasaron dos semanas antes de que a Emma Townsend se la viera por el club. Al igual que un incendio forestal, el escándalo se extendió y creció hasta que las chismosas «Damas de Hurlingham» la acusaron erróneamente de estar embarazada. Las «Damas de Hurlingham» era un grupo de cuatro ancianas, o «Cocodrilos» como tía Edna las llamaba con malicia, que organizaban con gran eficiencia todos los eventos que tenían lugar en el club. Los campeonatos de polo, las gincanas, las exposiciones florales, los bailes y las fiestas en el jardín. Jugaban al bridge los martes por la noche, a golf los miércoles por la mañana, pintaban los jueves por la tarde y mandaban invitaciones para los tés que daban y para las noches de plegaria con tediosa frecuencia. Tal como señalaba tía Edna, eran la «policía del protocolo» y uno sabía que no estaba a la altura cuando la pequeña invitación de color lila no encontraba el camino hasta su puerta, aunque en ocasiones era un alivio no tener que pensar en una excusa apropiada para declinar la invitación.

Audrey e Isla habían pasado la última quincena buscando a la pobre Emma Townsend. No había aparecido en la iglesia el domingo, lo cual enfureció a las «Damas de Hurlingham», las cuales estaban sentadas con sus sombreros de plumas y enzarzadas en una fuerte discusión como una bandada de gansos, criticando a la chica por no mostrar su rostro al buen Dios y

suplicar su perdón. Cuando entró Thomas Letton con su familia, toda la congregación guardó silencio y siguió su atractiva figura mientras caminaba por el pasillo con gran dignidad y sus facciones imperturbables no revelaban ni el más mínimo asomo de la humillación que Audrey estaba segura que ardía bajo su piel. Las Damas de Hurlingham lo saludaron compasivamente con la cabeza al pasar, pero él fingió no verlas y fijó la vista en el altar que tenía delante antes de acomodarse en silencio en su asiento, junto a su madre y hermana. A Emma tampoco se la había visto en el partido de polo ni en el picnic que siguió, organizado por Charlo Osborne y Diana Lewis, dos de las «Cocodrilos», que se pasaron toda la tarde murmurando que si Emma se atrevía a asomar la cabeza en su acontecimiento la echarían con cajas destempladas en tanto que, en secreto, ansiaban que apareciera para tener más sobre lo que chismorrear. Entonces, finalmente, tras dos largas semanas, apareció en el club un sábado para comer con su familia.

Audrey e Isla se hallaban en el salón con sus hermanos y sus padres y, por supuesto, la indomable tía Edna, cuando Emma Townsend entró sigilosamente, con la cabeza gacha, mirando al suelo con determinación para evitar cruzar la mirada con nadie. Audrey paseó la vista por el salón en tanto que la charla cesó y todas las miradas se alzaron para ver entrar a la lenta procesión, que tomó asiento en una pequeña mesa del rincón. Todas las miradas, claro está, excepto la del coronel Blythe, que estaba demasiado ocupado con su sublime bigote gris metido en el *London Illustrated News*, fumando sus cigarrillos turcos, para darse cuenta de la silenciosa conmoción que hizo de él una pequeña isla. Incluso el señor Townsend, un hombre corpulento, de cabello cano y patillas como de algodón, pareció tragarse la indignación, eligiendo el

silencio antes que la confrontación que normalmente hubiera sido su reacción en un momento como aquél. Pidió mansamente unas bebidas y a continuación le dio la espalda al resto de los miembros de la comunidad que aguardaban como chales para ver cuál era su próximo movimiento.

—Bueno —estalló tía Edna—, es muy impropio de Arthur no habernos lanzado un gruñido a todos.

—Ya basta, Edna —la reprendió Henry al tiempo que cogía un puñado de frutos secos. No somos quién para hacer comentarios.

—Supongo que no —admitió ella con una sonrisa—, las «Cocodrilos» ya hacen suficiente por todos nosotros.

—Se pondrán furiosas por habérselo perdido —Isla se rió tontamente y le dio un suave codazo a su hermana.

Pero Audrey no podía participar de la alegría. Sentía una profunda lástima por aquella familia que sufría en público junto con su hija.

Justo en el momento en que la vergüenza de los Townsends amenazaba con asfixiarlos, un grito ahogado de asombro recorrió la habitación como una repentina ráfaga de viento. Audrey se dio la vuelta y vio que Thomas Letton cruzaba la estancia a grandes zancadas con aire resuelto. Isla se enderezó en su asiento con la boca abierta como si estuviera a punto de gritar de emoción. Albert, que odiaba perderse cualquier oportunidad de vengarse de su hermana por los años de burlas, agarró un cacahuete y se lo deslizó en la garganta. Ella se lo quedó mirando sorprendida antes de ponerse roja como la grana cuando el cacahuete se le quedó atorado en la tráquea impidiéndole respirar. Echó la silla hacia atrás con un fuerte chirrido y tiró los vasos de la mesa, los cuales se hicieron añicos contra las tablas del suelo y provocaron que todo el mundo

desviara la atención de Thomas Letton y la familia Townsend para ver qué era aquel alboroto. Los ojos de Isla, inyectados en sangre, giraban en sus cuencas mientras se asfixiaba y agitaba los brazos en un frenético intento de conseguir ayuda. Antes de que Audrey supiera qué estaba pasando, su padre había agarrado a Isla por detrás, levantándola del suelo y rodeándole el estómago con sus fuertes brazos, clavándole las muñecas en los pulmones, una y otra vez. Isla daba boqueadas y resoplaba mientras se iba poniendo cada vez más roja hasta que todo el salón hubo formado un círculo en torno a la mesa como una manada de vacas curiosas, deseando ansiosamente que Henry Garnet salvara a su hija de una muerte horrible. Rose se quedó petrificada de terror mientras la vida parecía abandonar el cuerpo de su pequeña con espasmos de agonía. Rogó a Dios en silencio. Más tarde lo alabaría por su intervención porque, con un enorme golpe, el cacahuete se desencajó y la niña tragó una bocanada de aire. Albert se deshizo en llanto y le echó los brazos al cuello a su madre con remordimiento. Tía Edna se abalanzó sobre Isla para abrazarla y la niña empezó a temblar de forma incontrolada. La multitud de curiosos aplaudió y vitoreó. Únicamente Audrey se dio cuenta de que Emma Townsend se marchaba con Thomas Letton. Tampoco se le pasó por alto que iban cogidos de la mano.

—El tío abuelo Charlie murió de asfixia —comentó tía Edna en tono solemne cuando se hubieron apaciguado los aplausos—. Pero no fue un cacahuete. Fue un pedazo de queso, un simple pedazo de *cheddar* de granja, su favorito. Después de eso todos nos referimos a él como a Cheddar Charlie, ¿verdad, Rose? Nuestro querido Cheddar Charlie.